



Prefacio de  
MARY BEARD

Simon Baker

# ROMA

AUGE Y CAÍDA DE UN IMPERIO

*Ariel*

## Índice

Portada

Dedicatoria

Citas

Prefacio, por Mary Beard

Las siete colinas de Roma

I. Revolución

II. César

Augusto

III. Nerón

IV. Rebelión

Adriano

V. Constantino

VI. Caída

Lecturas recomendadas

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Para Patsy, James y toda mi familia*

Tú, oh romano, atiende a gobernar a los pueblos; ésas serán tus artes, y también imponer condiciones de paz, perdonar a los vencidos, derribar a los soberbios.

VIRGILIO, *Eneida*, VI, 850-852

El poder y la codicia desencadenaron disturbios, lo contagiaron y saquearon todo y nada tuvieron por sagrado ni por digno de respeto hasta que [los romanos] causaron su propia destrucción.

SALUSTIO, *La guerra de Yugurta*

## *Prefacio*

Roma se fundó con un homicidio. En el año 753 a.C., los gemelos Rómulo y Remo, al frente de un pequeño grupo de expatriados y descontentos, levantaron las defensas de la diminuta villa que sería la capital de un imperio que se extendería desde Escocia hasta más allá del Sáhara. Pero la emoción pronto se convirtió en tragedia. Los hermanos discutieron y Rómulo mató a Remo.

No tardaría en haber más problemas. Rómulo sólo tenía un puñado de partidarios, así que ¿quiénes eran los ciudadanos destinados a habitar la nueva ciudad? La respuesta fue: todos los que quisieran serlo. Rómulo declaró «refugio» a su ciudad y acogió a todos los expatriados, perseguidos, esclavos fugitivos y delincuentes que quisieron instalarse allí. Roma fue una ciudad habitada totalmente por necesitados de asilo, en el sentido antiguo de la expresión (que no difiere mucho del actual).

Esto solucionó el asunto de los varones. Pero ¿dónde estaban las mujeres que tenían que ser las esposas y madres del nuevo estado? Aquí Rómulo recurrió a un vulgar engaño. Invitó a algunas poblaciones vecinas a una celebración religiosa y, a una señal suya, sus compañeros huyeron con las invitadas jóvenes. Este episodio, llamado «rpto de las sabinas», ha inflamado la imaginación de escritores y artistas que desde siempre lo han presentado como una historia de violencia, lujuria y oportunismo político.

En realidad no sabemos hasta qué punto es cierta esta escandalosa historia. La fecha exacta que se da tradicionalmente, el año 753, es fruto de un cálculo complejo y francamente poco fiable que llevaron a cabo más de quinientos años después los estudiosos romanos, que estaban tan interesados como sus colegas modernos por saber cuándo empezó exactamente Roma; aunque coincide más o menos con los testimonios encontrados por los arqueólogos sobre las etapas más antiguas de la ciudad. El propio Rómulo no fue ni más ni menos histórico que el rey Arturo de Britania.

Pero con exactitud o sin ella, así es como contaron los romanos la historia de los orígenes de Roma durante el resto de su milenaria andadura. En esa historia vieron concentrados muchos de los problemas que luego dominaron toda su vida política y que, para el caso, todavía dominan la nuestra. Tales son los fascinantes temas que subyacen en este libro. ¿Cómo debería gobernarse un estado? ¿Puede justificarse la violencia en política? ¿Quién tiene derecho a la ciudadanía y a beneficiarse de sus privilegios?

Cuando los romanos reflexionaban sobre las guerras civiles que a veces desgarraban su vida política se remitían al enfrentamiento de Rómulo y Remo, y entendían que su ciudad estaba destinada desde el principio mismo a sufrir la forma más vil de conflicto intestino. También la muerte de Rómulo estimuló su intelecto. No acababan de ponerse de acuerdo sobre si al final los agradecidos dioses se lo habían llevado a los cielos o si unos ciudadanos enfurecidos lo habían matado a cuchilladas. Este asunto se debatió con más intensidad aún tras la muerte de Julio César (véase capítulo II) en 44 d.C.: apuñalado por sus enemigos en nombre de la libertad por ser un autócrata, pero convertido en dios por sus partidarios y honrado con un templo propio en el corazón de la ciudad.

Este libro gira alrededor de seis momentos fundamentales de la historia de Roma, desde el siglo II a.C. hasta el V d.C., una época de cambios espectaculares, en ocasiones revolucionarios. Durante este período Roma llegó a dominar en todo el Mediterráneo y mucho más allá, tierra adentro (se han encontrado restos de la presencia de comerciantes romanos incluso en la península indostánica). Si era una república más o menos democrática, pasó a ser un imperio autocrático. Y quizá lo más espectacular de todo, que Roma, ciudad pagana, se convirtió en cristiana. Aunque no fue bautizado formalmente hasta hallarse en su lecho de muerte, en 337, Constantino (véase capítulo V) fue el primer emperador romano que apoyó públicamente el cristianismo. Además, fue el fundador de algunas de las iglesias y catedrales que aún definen el paisaje religioso de Roma en nuestros días, entre ellas el primer San Pedro.

Los momentos fundamentales mencionados se refieren a grandes cambios políticos y a grandes conflictos. La historia de Tiberio Graco (véase capítulo I), por ejemplo, y de sus polémicos intentos de repartir la tierra entre los campesinos pobres pone sobre el tapete el tema del abismo que separa a ricos y pobres y el de quién debería beneficiarse de las ventajas de la sociedad de la abundancia. La historia de Nerón (véase capítulo III) analiza las consecuencias de la autocracia patológica. Pero estos momentos en particular han sido elegidos también por otra razón, porque nos permiten ver a algunos de los personajes clave de la historia romana. Nos permiten acercarnos a personajes individuales, a sus motivos humanos, a sus dilemas políticos y a sus esfuerzos por cambiar el mundo en que vivían.

Los historiadores profesionales modernos tienden a subrayar que sabemos muy poco del mundo romano. Ciertamente, estamos casi completamente a oscuras en cuanto a cómo era la vida para los habitantes de los barrios más pobres



(¡aunque lo podemos imaginar con bastante precisión!) o para los campesinos que se afanaban por sobrevivir en el medio rural. Y no estamos mejor informados en lo que se refiere a los sentimientos de las mujeres y de los esclavos, o sobre cómo funcionaba realmente la balanza de pagos del imperio, ni para el caso sobre lo que llevaban los romanos bajo la toga ni sobre cómo se deshacían de sus aguas residuales (me temo que se han exagerado mucho los milagros del alcantarillado romano). Pero en términos generales es probable que estemos mejor informados sobre Roma que sobre cualquier otra sociedad anterior al siglo XV. Tenemos acceso directo a los escritos, pensamientos y sentimientos de políticos, poetas, filósofos, críticos y comentaristas romanos.

Tomemos por ejemplo a Julio César y su decisión de entrar en Roma, hecho que desencadenó la guerra civil que terminó en realidad con la democracia e introdujo el gobierno personal de los emperadores (véase capítulo II). Su versión de estos sucesos se encuentra en un escrito autobiográfico, *De la guerra civil*. Este texto contiene alguna extrañeza; por ejemplo, César habla de sí mismo en tercera persona: no «Yo decidí», sino «César decidió...». Por otra parte es una historia de lectura apasionante y una justificación inteligente de sus actos.

Pero no es sólo eso. Disponemos de cartas privadas de uno de los estadistas más decisivos de Roma (o eso le gustaba pensar a él) que son contemporáneas del período prebélico, del estallido de la guerra y del conflicto propiamente dicho. Se trataba de Marco Tulio Cicerón, filósofo y orador notable, además de partidario de Pompeyo, el rival de César. Cómo se conservaron y publicaron estas cartas sigue siendo un misterio, pero desde luego nos dan un extraordinario retrato interior de un hombre que lucha con sus dudas e indecisiones sobre a quién apoyar y cómo sacar el mayor provecho cuando se ve en el bando perdedor, todo mezcla-

do con problemas cotidianos relativos a esclavos desleales, divorcios, la muerte de una hija y oscuras transacciones inmobiliarias.

Al final, César fue generoso con Cicerón; fuera o no despiadado políticamente, «clemencia» era uno de sus lemas. Pero tras el asesinato de César, su veterano secuaz Marco Antonio (famoso por aquello de «Amigos, romanos, compatriotas») lo «destituyó» de manera fulminante. Cuenta la leyenda que, tras la muerte de Cicerón, sus manos y su lengua (sus armas políticas más poderosas) se expusieron en el Foro, y que la mujer de Antonio se entretuvo pinchándolas con sus horquillas. Es una leyenda que informa tanto de la opinión romana sobre las mujeres como del odio de Antonio y su esposa hacia Cicerón.

Por supuesto, ninguna de estas versiones es tan sencilla como parece. Ni los *Comentarios* de César ni la correspondencia de Cicerón son más fiables que los escritos afines de los políticos modernos. No podemos creer en ellos a pies juntillas. Pero nos llevan directamente al corazón de la historia y la política romanas. Y no son los únicos. Tenemos la información más detallada y vívida de la fracasada revuelta judía contra los romanos (véase capítulo IV), que terminó con la destrucción del Templo de Jerusalén en 70 d.C., en la historia que escribió uno de los participantes (Flavio Josefo), un judío rebelde y después famoso chaquetero que terminó viviendo confortablemente en Roma protegido por el emperador Vespasiano. Casi todas las historias de rebeliones fracasadas están escritas por los vencedores. De hecho, la suya es la historia más detallada que haya escrito un rebelde contra un poder imperial antes de la época moderna.

Y aunque no ha llegado hasta nosotros nada significativo surgido de la boca o la pluma del emperador Nerón, quedan textos extraordinarios de miembros de su círculo cortesano y de personajes clave de la política de aquel infame

reinado. Tenemos, por ejemplo, un tratado filosófico dirigido a Nerón por su preceptor, Séneca, dando consejos claros y sensatos sobre cómo ser emperador. La clemencia suele funcionar mejor que la crueldad, era el mensaje general, siguiendo el ejemplo de Julio César. Como veremos, Nerón no fue clemente con Séneca; de hecho lo condenó a sufrir una muerte lenta y dolorosa.

Algunos creen que Séneca, mientras aún disfrutaba del favor de Nerón, escribió también una divertida sátira sobre la divinización del emperador Claudio, antecesor de Nerón. Claudio era aparentemente un candidato a la inmortalidad poco prometedor, según las convenciones de Roma (cojeaba, tartamudeaba y creían que era idiota). Esta sátira, *Apocolocyntosis*, título que podría traducirse por «La calabacización», se burla con crueldad pero con gracia de él en particular y, más generalmente, de toda la tradición romana de convertir a los «buenos» (y no tan «buenos») emperadores en dioses. Uno de los personajes de la sátira es el primer emperador, Augusto, el modelo dorado con el que se comparaba a todos los futuros emperadores. Fue deificado a su muerte, en 14 d.C., pero han pasado varios decenios, dice Séneca, y todavía no se ha animado a pronunciar su primer discurso en el Senado celestial, hasta tal punto le asustan los dioses propiamente dichos. Es una de las pocas obras antiguas del género cómico que todavía hacen reír a carcajadas. El humor viaja mal entre culturas, pero *La calabacización* lo consigue, al menos en mi opinión.

Además de esta riqueza y variedad de testimonios sobre algunos personajes predominantes contamos con información detallada de historiadores romanos posteriores sobre los hechos comentados en este libro. En primer lugar está el escéptico análisis de los primeros años del imperio que plasmó Tácito, senador romano de finales del siglo I y principios del II d.C., en sus dos obras principales, los *Anales* y las *His-*

*torias*. Estas obras son tanto una meditación sobre la corrupción y los abusos de poder como una narración histórica. Contienen, por ejemplo, la escalofriante descripción del asesinato de la madre de Nerón, Agripina, a manos de su propio hijo, cosa que veremos en el capítulo III. Tras un intento fracasado de librarse de ella enviándola por mar en un barco que tenía que hundirse, Nerón recurrió a varios sicarios. El matricidio fue peor que el fratricidio que caracterizó el principio mismo de Roma.

Pero Tácito sólo es una fuente entre otras de la antigua tradición histórica. Más o menos del mismo período que Tácito tenemos las animadas *Vidas de los césares* de Suetonio, que trabajó durante un tiempo en la burocracia de palacio y al parecer tuvo acceso a los archivos imperiales. Luego están las biografías moralizantes de Plutarco, un griego del imperio que escribió la vida de una serie de romanos famosos, desde Rómulo hasta su presente, que se comparaban con una figura equivalente del mundo griego. Julio César, por ejemplo, se convertía agudamente en el doble biográfico de Alejandro Magno, el conquistador más grande que el mundo había conocido, con un final trágico similar y, aunque sin demostrar, con sospechas de haber sido asesinado.

En conjunto, tenemos mucho que agradecer a aquellos monjes medievales que copiaron concienzudamente estos textos antiguos, de acuerdo con una tradición vigente desde la antigüedad, y así los mantuvieron vivos, y fueron redescubiertos en el Renacimiento y más tarde interpretados y reinterpretados por nosotros.

Son estos preciosos supervivientes del mundo romano los que han hecho posible que la BBC produzca una serie que recrea de forma fascinante y dramatizada algunos de los puntos de inflexión de la historia de Roma. Por supuesto, nunca sabremos exactamente cómo era estar allí, ni seremos capaces de reconstruir todas las complicadas motivaciones y

aspiraciones de los personajes implicados. Y hemos de reconocer que los antiguos historiadores de los que dependemos en parte también recurrían a veces a la imaginación y las suposiciones; después de todo, ¿cómo podía saber Tácito lo que realmente sucedió en el asesinato de la madre de Nerón, que se cometió en secreto? En cambio, tenemos suficientes testimonios para empezar a adentrarnos en las mentes romanas, y para entender los problemas, dilemas y conflictos desde su punto de vista. Además, da para contar una excelente historia.

Este libro complementa la serie de televisión, además de ser de agradable lectura por méritos propios. Centrándose en los mismos momentos fundamentales, Simon Baker los ha situado en un contexto más amplio. Ha rellenado el entorno histórico de cada uno y expuesto algunos de los problemas planteados por los testimonios en que se ha basado la reconstrucción dramática. Unas veces nos enfrentamos con versiones conflictivas del mismo suceso. ¿Cómo elegimos una? Otras resulta que el testimonio es insuficiente. Así que, como Tácito y otros historiadores, estamos obligados a hacer suposiciones y a poner en marcha la imaginación. El resultado es una historia de Roma que combina el drama vívido y la trama apasionante con un agudo conocimiento de las grandes cuestiones históricas y con el reto de sacar un hilo narrativo claro de los antiguos testimonios, evocadores, complicados y diversos.

Los occidentales, incluso en tiempos antiguos, contaban y recontaban la historia de Roma, recreándola con fines propios en obras narrativas, pictóricas y operísticas, y últimamente en cine y televisión. Desde siempre ha habido buenas y malas versiones, tanto clichés rancios como imágenes y relatos con fuerza y atractivo. La figura de Julio César ha sido un sugerente catalizador de estas reconstrucciones. Durante siglos ha impulsado algunos de los análisis más perspicaces

de la naturaleza de la autocracia y la libertad, y planteado una pregunta que sigue abierta: ¿puede justificarse el asesinato político?

El *Julio César* de William Shakespeare, basado libremente en la *Vida de César* de Plutarco, es sólo una entre muchas otras reflexiones sobre lo lícito e ilícito de esta cuestión. El interés del público se divide entre César, asesinado hacia la mitad de la obra, y la suerte de sus asesinos, que ocupa la segunda parte. ¿Estamos de parte de César, un gobernante legítimo condenado ilegalmente? ¿O nuestro héroe es el asesino Bruto, por estar dispuesto a matar incluso a un amigo en defensa de la libertad popular? ¿Hasta dónde exigen el patriotismo y los principios políticos que a veces infringamos la ley y pasemos por encima de las amistades y lealtades personales?

Como era de esperar, en el siglo de la Revolución Francesa hubo multitud de respuestas a estas adivinanzas históricas y literarias. Voltaire, por ejemplo, presentó una dramática versión de los hechos, que claramente tenía el ojo puesto en la ejecución de la familia real francesa, acontecimiento que inequívocamente volvía honorable el acto de los magnicidas. Pero los políticos del siglo XX también descubrieron un buen tema de meditación en los dilemas suscitados por los sucesos de los idus de marzo de 44 a.C. La primera producción de Orson Welles para el famoso Mercury Theatre de Nueva York, en 1937, fue una representación de *Julio César*; fue un experimento con vestuario moderno en el que los partidarios de César parecían matones fascistas de Mussolini.

No todos los personajes comentados en este libro han tenido una memoria tan rica. Tiberio Graco, por ejemplo, no es precisamente un nombre conocido. En realidad, descontando la historia académica, la posterioridad se ha ocupado más de su madre, Cornelia, que de él. Modelo de proge-

tora devota (y ambiciosa), parece que miró con desdén las ricas joyas que le enseñaba una amiga mientras señalaba a sus hijos para dar a entender dónde estaban las suyas. En este adorable papel maternal protagonizó series enteras de pinturas del siglo XVIII, en las que se retrataba habitualmente con un par de niños a su lado (algo repipis para nuestro gusto) y con cara de despreciar las ristras de perlas y otras joyas que ponían ante ella. No deja de ser sorprendente que, de nuevo en su papel materno, aparezca con otros héroes occidentales, desde el trágico Sófocles hasta el emperador Carlomagno y Cristóbal Colón, en la famosa vidriera conmemorativa de la Universidad de Harvard. Pero incluso Tiberio ha disfrutado recientemente de cierta celebridad, al ser utilizado como término de comparación de ocasionales políticos modernos (como Hugo Chávez de Venezuela), que se hacen famosos por ser reformistas radicales o revolucionarios.

El emperador Nerón, sin embargo, ha tenido en la cultura occidental una posteridad casi tan fecunda como César. Una de las primeras y principales óperas italianas, *La coronación de Popea* (1642) de Monteverdi, analiza la intensa relación entre el emperador y su amante Popea. Modelo de manipulación patológica, así como de amor pasional desbocado, Popea se deshace cínicamente de todos los obstáculos que impiden su planeada boda con el emperador, incluyendo la oposición del moralizante y virtuoso Séneca. La ópera termina con Popea gloriosamente coronada emperatriz de Roma. Pero el público bien informado sabe que esta victoria será corta, ya que Popea está destinada a morir pronto a manos del mismo Nerón (una escena eficazmente dramatizada en la serie de la BBC). Es una exploración de la pasión, la crueldad y la inmoralidad, no por repetida menos escalofriante.

Nerón, sin embargo, ha encontrado más a menudo un papel decididamente sensacional en la cultura popular mo-